

NEW LEFT REVIEW 114

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2018

EDITORIAL

DYLAN RILEY ¿Qué es Trump? 7

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON El texto perdido 37

RAYMOND WILLIAMS El futuro del marxismo 57

ALEXANDER CLAPP Las dos caras de Atenas 72

CARLOS SPOERHASE *Rankings* estéticos 107

NUEVAS MASAS

ARRUZZA, FRASER &
BHATTACHARYA Manifiesto feminista 123

CRÍTICA

CATHERINE SAMARY Un utópico en los Balcanes 147

TONY WOOD Senderos mesoamericanos 163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

NOTAS PARA UN MANIFIESTO FEMINISTA

EN LA PRIMAVERA de 2018, la multimillonaria directora operativa de Facebook Sheryl Sandberg aconsejaba a las mujeres que la dureza y el éxito en el mundo de la empresa era el camino real hacia la igualdad de género¹. Bastaría «que la mitad de los países y empresas estuvieran dirigidos por mujeres, y la mitad de los hogares a cargo de hombres», para que el mundo fuera un lugar mejor y no deberíamos cejar hasta alcanzar ese objetivo. Sandberg, una destacada exponente del feminismo empresarial famosa por instar a las directivas empresariales a «lanzarse sin miedo» a las juntas de dirección, hablaba desde la cumbre de su carrera, que la había llevado desde Harvard hasta la recolección de datos y la orientación personalizada de anuncios en Google y Facebook, tras su paso por la Secretaría del Tesoro estadounidense, dirigida por su mentor Lawrence Summers, principal desregulador de Wall Street.

Esa misma primavera, el 8 de marzo de 2018, una huelga feminista en España se extendió por todo el país. Las organizadoras de la huelga feminista, a la que se unieron cinco millones de manifestantes, pedían «una sociedad libre de opresión, explotación y violencia sexista», y proponían «la rebelión y la lucha contra la alianza del patriarcado y el capitalismo que nos quiere obedientes, sumisas y silenciosas». Cuando el sol se ponía en Madrid y Barcelona y multitudes de mujeres enardecidas llenaban las calles, las huelguistas feministas anunciaron: «El 8 de marzo cruzamos

¹ Este es un extracto revisado de *Feminism for the 99 Percent: A Manifesto*, de Cinzia Arruzza, Tithi Bhattacharya y Nancy Fraser, que publicará Verso en 2019.

los brazos e interrumpimos toda actividad productiva y reproductiva». Se negaban a aceptar peores condiciones laborales que los hombres o menor salario por el mismo trabajo.

Esas dos apelaciones representan caminos opuestos para el movimiento feminista. Sandberg y quienes están de acuerdo con ella ven el feminismo como un sirviente del capitalismo. Quieren un mundo en el que los beneficios de la explotación en el lugar de trabajo y la opresión en el orden social se compartan por igual entre hombres y mujeres de la clase dominante, en una especie de «dominación con igualdad de oportunidades». Las organizadoras de la huelga feminista, por el contrario, proponen poner fin de la dominación capitalista y patriarcal.

Bifurcación en el camino

Frente a estas dos visiones del feminismo, nos encontramos en una bifurcación en el camino. Una senda conduce a un planeta arrasado en el que la vida de la mayoría se ve condenada a la miseria, si es que le quedan posibilidades de supervivencia. La otra apunta al tipo de mundo que siempre ha figurado en los sueños de la humanidad: un mundo cuya riqueza y recursos naturales son compartidos por todos, donde la igualdad y la libertad son premisas, no aspiraciones. Lo que hace la elección tan apremiante es la desaparición de cualquier vía intermedia, debido a la forma depredadora del capitalismo neoliberal financiarizado, que ha prevalecido durante los últimos cuarenta años: aumentar la apuesta por cada lucha social y convertir los esfuerzos para obtener reformas, por modestas que sean, en duras batallas por la supervivencia. En esas condiciones las feministas, como todos los demás, deben tomar postura. ¿Continuaremos persiguiendo la «dominación con igualdad de oportunidades» mientras arde el planeta? ¿O reformularemos la justicia de género en forma anticapitalista de modo que nos encaminemos más allá de la actual carnicería en pos de una nueva sociedad?

Nuestro Manifiesto es un resumen de las razones para emprender la segunda vía. Lo que hace imaginable hoy en día un feminismo anticapitalista es la dimensión política de la crisis actual: la erosión de la credibilidad de las elites en todo el mundo, que afecta no solo a los partidos neoliberales centristas, sino también a sus aliados feministas-empresariales al estilo de Sandberg. Este fue el feminismo que fracasó en la elección presidencial estadounidense de 2016, cuando la candidatura

«histórica» de Hillary Clinton no logró despertar el entusiasmo de las mujeres votantes por una buena razón: Clinton personificaba la desconexión entre el ascenso de las mujeres de elite a los altos cargos y las mejoras en la vida de la gran mayoría.

La derrota de Clinton es para nosotras una señal de alarma. Al exponer la bancarrota del feminismo liberal, representa una apertura histórica para un desafío desde la izquierda. En el vacío actual de la hegemonía liberal, tenemos la oportunidad de construir otro feminismo y de redefinir lo que cuenta como asuntos feministas, desarrollando una orientación de clase diferente y un espíritu radical transformador. No escribimos para esbozar una utopía imaginada, sino para aclarar el camino que se debe recorrer para alcanzar una sociedad justa. Nuestro objetivo es explicar por qué las feministas deben elegir el camino de las huelgas feministas, unirse con otros movimientos anticapitalistas y antisistémicos y convertirse en un «feminismo para el 99 por 100». Lo que nos da esperanzas para ese proyecto ahora son los atisbos de una nueva oleada global, con las huelgas feministas internacionales de 2017-2018 y los movimientos cada vez más coordinados que se están desarrollando alrededor de ellas. Como primer paso, presentaremos once tesis sobre la coyuntura actual y las bases de un movimiento feminista radical, nuevo y anticapitalista.

TESIS I

Una nueva ola feminista está reinventando la huelga.

El movimiento de huelgas feministas comenzó en Polonia en octubre de 2016, cuando más de cien mil mujeres organizaron huelgas y marchas para oponerse a la prohibición del aborto en ese país. Ese mismo mes cruzó el océano hasta Argentina, donde mujeres en huelga protestaron por el asesinato de Lucía Pérez con el grito militante «Ni una menos». Pronto se extendió a Italia, España, Brasil, Turquía, Perú, Estados Unidos, México y Chile. Habiendo comenzado en las calles, se extendió a los lugares de trabajo y a las escuelas, penetrando con fuerza en el mundo del espectáculo y los medios de comunicación, la política y las tecnologías de la información. Durante los últimos dos años sus lemas han resonado en todo el mundo: Nosotras paramos, We Strike, Vivas nos queremos, Ni una menos, Feminismo para el 99 por 100. Tras nacer como una pequeña ondulación, se convirtió en una ola y más tarde en un fenómeno global.

Lo que convirtió una serie de acciones nacionales en un movimiento transnacional fue la decisión de unirnos el 8 de marzo de 2017. Con esa iniciativa audaz, esta nueva forma de activismo ha vuelto a politizar el Día Internacional de la Mujer, reconectándolo con sus raíces históricas casi olvidadas en el feminismo socialista y en la clase obrera. Sus acciones evocan el espíritu de la movilización de las mujeres de la clase trabajadora a principios del siglo xx: paradigmáticamente, las huelgas y las manifestaciones masivas registradas en Estados Unidos, lideradas principalmente por mujeres inmigrantes y judías, que inspiraron a las socialistas estadounidenses a organizar el primer Día Nacional de la Mujer, mientras que en Alemania Luise Zietz y Clara Zetkin convocaban un Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Encarnando ese espíritu militante, las huelgas feministas de hoy día están uniendo a mujeres separadas no solo por fronteras y vallas, sino por océanos, montañas y continentes. Al romper el aislamiento de los muros domésticos y simbólicos demuestran el potencial político de aquéllas cuyo trabajo remunerado y no remunerado sostiene el mundo.

El movimiento ha inventado nuevas formas de huelga, al tiempo que infunde en la propia forma de esta un nuevo tipo de política. Al combinar la ausencia del trabajo con marchas, cierres de pequeñas empresas, bloqueos y boicots, está reabasteciendo el repertorio de la huelga general como un modo de protesta, que en otro tiempo fue enorme pero cuyo potencial se ha reducido por décadas de agresión neoliberal. Al mismo tiempo está democratizando la huelga y ampliando su ámbito al redefinir lo que cuenta como «trabajo». Más allá del trabajo asalariado, el activismo huelguístico de las mujeres también está retirando el trabajo doméstico, el sexo y las «sonrisas», haciendo visible el papel indispensable que desempeña el trabajo de género no remunerado en la sociedad capitalista, al valorar las actividades de las que el capital se beneficia sin pagar por ellas. También con respecto al trabajo remunerado, la huelga feminista está redefiniendo lo que cuenta como asunto laboral: no solo los salarios y las horas, sino el acoso sexual y las agresiones, las barreras a la justicia reproductiva y las restricciones al derecho de huelga.

Esta nueva militancia feminista tiene así el potencial de superar la oposición obstinada y divisoria entre la «política identitaria» y la «política de clase». Revelando la unidad entre el lugar de trabajo y la vida social, se niega a limitar su lucha a uno solo de esos espacios. Al redefinir lo que cuenta como «trabajo» y quién cuenta como «trabajador», rechaza la minusvaloración

estructural por el capitalismo del trabajo de las mujeres, tanto remunerado como no remunerado. Anticipa la posibilidad de una nueva fase de la lucha de clases: feminista, internacionalista, medioambientalista y antirracista.

El feminismo de las huelgas de mujeres ha estallado en un momento en que los sindicatos de la industria manufacturera se han debilitado notablemente. La resistencia contra el neoliberalismo se ha desplazado a otros ámbitos: la salud, la educación, las pensiones, la vivienda, esto es, el trabajo y los servicios necesarios para reproducir a los seres humanos y las comunidades sociales. Desde la oleada de huelgas de los docentes estadounidenses hasta la lucha contra la privatización del agua en Irlanda y las protestas de los trabajadores *dalit* de los sistemas de alcantarillado en la India, es ahí donde encontramos las luchas más militantes, lideradas y potenciadas por mujeres. Aunque no están asociadas formalmente al movimiento internacional de las huelgas de mujeres, esas luchas tienen mucho en común con él. También ellas quieren valorizar el trabajo necesario para reproducir nuestras vidas, al tiempo que se oponen a su explotación. Combinan las demandas salariales y laborales con las reivindicaciones de un mayor gasto público en servicios sociales.

En Argentina, España e Italia, el feminismo de las huelgas de mujeres ha obtenido un amplio apoyo de las fuerzas que se oponen a la austeridad en protesta contra los recortes registrados en la enseñanza, la asistencia sanitaria, la vivienda, el transporte y las protecciones medioambientales. Oponiéndose a los ataques de los gobiernos perpetrados contra los «bienes públicos» impuestos a instancias del capital financiero, las huelgas de las mujeres se están convirtiendo en el catalizador y en el modelo de esfuerzos dotados de una amplia base para defender a nuestras comunidades, exigiendo pan, pero también rosas.

TESIS 2

El feminismo liberal está en bancarrota. Ya es hora de superarlo.

Esta nueva oleada militante está muy lejos del feminismo empresarial que ha predominado en las últimas décadas. Sin embargo, los principales medios de comunicación todavía equiparan al feminismo como tal con el modelo liberal. El efecto es sembrar la confusión, porque el feminismo liberal es parte del problema. Basado en las mujeres

pertenecientes a los estratos profesionales y de dirección, el feminismo liberal se centra en «avanzar» y «romper el techo de cristal». Dedicado a permitir que unas pocas privilegiadas asciendan en la escala empresarial o en los rangos de las fuerzas armadas, suscribe una concepción de la igualdad centrada en el mercado, que encaja con el entusiasmo corporativo por la «diversidad». El feminismo liberal, opuesto a la discriminación y partidario de la libertad de elección, se niega a abordar las restricciones socioeconómicas, que pesan sobre la capacidad de elección y la igualdad. Aliado del neoliberalismo, no beneficia a la mayoría de las mujeres, sino que en realidad les hace daño.

El objetivo del feminismo liberal es la meritocracia, no la igualdad. En lugar de abolir la jerarquización social, su objetivo es feminizarla, asegurando que las mujeres en la cima puedan alcanzar la paridad con los hombres de su propia clase. Por definición, sus beneficiarias serán aquellas que ya poseen considerables ventajas sociales, culturales y económicas. El feminismo liberal, compatible con la creciente desigualdad de riqueza e ingresos, proporciona un brillo progresista al neoliberalismo, ocultando sus políticas regresivas con una quimera de emancipación; aliado con la islamofobia en Europa y las finanzas globales en Estados Unidos, permite a las mujeres profesionales y directivas «lanzarse», porque pueden apoyarse *en* mujeres mal pagadas, migrantes y de clase trabajadora a las que subcontratan los cuidados y el trabajo doméstico.

El feminismo del «lanzarse», insensible a las cuestiones de clase y raza, vincula nuestra causa con el elitismo y el individualismo. Al proyectar el feminismo como un movimiento del «cada una por su cuenta», nos asocia con políticas que dañan a la mayoría y nos aísla de las luchas que se oponen a esas políticas. En resumen, el feminismo liberal le da al feminismo mala fama. Nuestra alternativa es el feminismo de respuesta: no tenemos ningún interés en romper el techo de cristal, si eso significa que la mayoría de las mujeres tendrán que ocuparse de recoger y despejar los vidrios rotos.

TESIS 3

Necesitamos un feminismo anticapitalista, un feminismo para el 99 por 100.

El feminismo militante de la huelga internacional de mujeres se enfrenta a una crisis de proporciones históricas: la caída en picado de los

niveles de vida y el inminente desastre ecológico; guerras y desposesiones; migraciones masivas recibidas con alambre de púas; el racismo y la xenofobia envalentonados; el desmantelamiento de derechos ganados con mucho esfuerzo. El feminismo que consideramos capta la magnitud de estos desafíos y aspira a hacerles frente. Evitando las medidas a medias, defiende las necesidades y los derechos de las mayorías: de las mujeres trabajadoras, racializadas y migrantes; de las mujeres *queer*, trans, pobres y discapacitadas; de las mujeres a las que se alienta a verse como «clase media», cuando en realidad el capital las explota cada vez más. No se limita a las «cuestiones de las mujeres» tal como se definen tradicionalmente. Defendiendo a todos los explotados, dominados y oprimidos, puede ser una fuente de esperanza para la mayoría de la humanidad, un feminismo para el 99 por 100.

El nuevo feminismo se está forjando en el crisol de la experiencia vivida, haciendo uso de la reflexión teórica. Es cada vez más evidente que la única forma en que las mujeres y las personas de género disconforme pueden obtener acceso a los derechos fundamentales es mediante la transformación del sistema social subyacente que vacía esos derechos. La legalización del aborto no basta por sí sola para las mujeres que no tienen medios para pagarlo ni acceso a las clínicas; la justicia reproductiva universal también requiere atención médica gratuita y universal y la erradicación de las prácticas eugenésicas en la profesión médica. Del mismo modo, la igualdad salarial solo puede significar la igualdad en la miseria para las mujeres pobres y de clase trabajadora, a menos que se acompañe de derechos laborales sustantivos, empleos por los que se pague un salario vital generoso y una nueva organización del trabajo doméstico y de cuidados. Las leyes que penalizan la violencia de género son una farsa si hacen la vista gorda ante la brutalidad policial, el encarcelamiento masivo, las amenazas de deportación, las intervenciones militares y el acoso y abuso en el lugar de trabajo. La emancipación legal es una cáscara vacía si no incluyen servicios públicos, viviendas sociales y fondos para garantizar que las mujeres puedan evitar la violencia en el hogar y en el lugar de trabajo.

Por todas esas razones, el feminismo «para el 99 por 100» no puede ser un movimiento aislacionista. Se unirá a todos los movimientos que luchan por la mayoría, ya sea en el ámbito de la justicia medioambiental, la educación, la vivienda, los derechos laborales y la atención médica, o en la lucha contra la guerra y el racismo. No competimos con la lucha de clases; por el contrario, nos situamos en su meollo, incluso cuando pretendemos ayudar a redefinirla de una manera nueva y más amplia.

Estamos viviendo una crisis de la sociedad en su conjunto, y su causa fundamental es el capitalismo.

La crisis financiera de 2008 se percibe generalmente como la peor desde la década de 1930, pero esa percepción es todavía demasiado restrictiva. Lo que estamos viviendo es una crisis de la sociedad en su conjunto: de la economía, la ecología, la política y los «cuidados». Una crisis general de toda una forma de organización social es, en el fondo, una crisis del capitalismo y, en particular, de la forma de capitalismo que vivimos hoy: globalizado, financierizado, neoliberal. Que el capitalismo genere periódicamente tales crisis no es casual. Este sistema no solo se alimenta de la explotación del trabajo asalariado y el aprovechamiento del excedente, sino que también se apropia de la naturaleza, los bienes públicos y el trabajo no remunerado que reproduce a los seres humanos y las comunidades. Impulsado por la búsqueda del beneficio, el capital se expande alimentándose a sí mismo sin pagar por las condiciones de su reproducción, a menos que se vea obligado a hacerlo. Dispuesto a degradar la naturaleza, instrumentalizar los bienes públicos y apropiarse del trabajo de cuidados no remunerado, desestabiliza periódicamente las condiciones de su supervivencia y de la nuestra.

La crisis actual del capitalismo es especialmente aguda, después de décadas de salarios decrecientes, derechos laborales debilitados, daños al medio ambiente y usurpación de las energías disponibles para sostener a las familias y las comunidades, mientras que los tentáculos de las finanzas se han extendido por todo el tejido social. No es de extrañar que sean tantos los que ahora rechazan los partidos establecidos y buscan nuevas perspectivas y proyectos políticos. El resultado es una crisis hegemónica creciente, un vacío de liderazgo y organización, y una sensación de que hay que cambiar algo.

El feminismo de las huelgas de mujeres es una de las fuerzas que han abierto esa brecha pero no la predominante. Los nuevos movimientos de derechas prometen mejorar la suerte de las familias corrientes (de una etnia determinada) poniendo fin al libre comercio y límites a la inmigración y restringiendo los derechos de las mujeres, las personas de color y las personas LGBTQ+. Mientras tanto, las corrientes dominantes del centro liberal tienen una agenda igualmente desagradable: quieren que

feministas, antirracistas y ecologistas cierran filas con sus «protectores» liberales y renuncien a los proyectos igualitarios de transformación social. Impugnamos esa propuesta. Al rechazar no solo el populismo reaccionario, sino también a sus oponentes neoliberales progresistas, pretendemos identificar y afrontar directamente la verdadera fuente de la crisis y la miseria: el propio sistema capitalista.

Una crisis no es «solo» un periodo de sufrimiento. También es un momento de despertar y una oportunidad para la transformación social, cuando masas enormes de personas retiran su apoyo a los poderes establecidos y buscan nuevas ideas y alianzas. El proceso por el que las crisis generales llevan a la reorganización social se ha repetido en la historia moderna, mientras el capitalismo se ha reinventado una y otra vez. En sus intentos por restablecer la rentabilidad, sus paladines políticos han reconfigurado no solo la economía oficial, sino también la política, la reproducción social y nuestra relación con la naturaleza no humana. Han reestructurado las formas prevalecientes de explotación de clase y de opresión de género y racial. Al reinventar esas jerarquías, a menudo se las han arreglado para canalizar energías rebeldes, incluidas las energías feministas, en apoyo al nuevo *statu quo*.

¿Se repetirá ese proceso? Las elites gobernantes de hoy parecen especialmente peligrosas. Concentradas en los beneficios a corto plazo, parecen poco dispuestas a evaluar no solo la profundidad de la crisis, sino también la amenaza que representa para la salud a largo plazo del propio sistema. Preferirían abrir nuevos pozos de petróleo aquí y ahora antes que garantizar las condiciones ecológicas para sus propios beneficios futuros. Como consecuencia, la crisis que afrontamos hoy es una crisis de la vida tal como la conocemos. La lucha por resolverla plantea las cuestiones más fundamentales de la organización social. ¿Dónde situar la línea que delimita la economía de la sociedad, la sociedad de la naturaleza, la producción de la reproducción y el trabajo de la familia? ¿Cómo utilizar el excedente social que producimos colectivamente?

¿Y quién debe decidir estos asuntos? Está por ver si los productores de beneficios lograrán convertir las contradicciones sociales del capitalismo en nuevas oportunidades para acumular riqueza privada, cooptando corrientes del feminismo al tiempo que reorganizan la jerarquía de género, o si una rebelión masiva, con las feministas a la vanguardia, «aplicará el freno de emergencia», como dijo Walter Benjamin.

TESIS 5

La opresión de género en las sociedades capitalistas se incardina en la subordinación de la reproducción social a la producción en búsqueda de beneficios. Queremos dar la vuelta a esa relación.

Mucha gente sabe que las sociedades capitalistas son, por definición, sociedades de clase, que autorizan a una pequeña minoría a acumular ganancias privadas mediante la explotación del grupo mucho mayor de la gente que debe trabajar por un salario. Lo que se entiende menos es que también se trata de sociedades que generan opresión de género, que han incorporado el sexismo directamente a sus estructuras. El capitalismo no inventó la subordinación de las mujeres, que ha existido de forma diferente en todas las sociedades de clase anteriores; pero el capitalismo estableció nuevas formas de sexismo, característicamente modernas, respaldadas por nuevas estructuras institucionales. La innovación clave fue separar la creación de personas de la obtención de beneficios, asignando el primero de esos trabajos a las mujeres y subordinándolo al segundo.

La perversidad se hace evidente cuando recordamos cuán vital y complejo es realmente el trabajo de hacer personas. Esa actividad no solo crea y sostiene la vida humana en el sentido biológico; también crea y sostiene nuestra capacidad para trabajar, lo que Marx llamó nuestra «fuerza de trabajo». Y eso significa formar personas con actitudes, disposiciones y valores «correctos»; habilidades, competencias y capacidades. Dicho todo, el trabajo de creación de personas proporciona algunas condiciones previas fundamentales (materiales, culturales, sociales) para la sociedad humana en general y para la producción capitalista en particular. Sin él, ni la vida ni la fuerza de trabajo podrían encarnarse en los seres humanos. A este vasto cuerpo de actividad vital lo llamamos *reproducción social*.

En las sociedades capitalistas, la importancia crucial de la reproducción social resulta disfrazada y soslayada. La creación de personas es tratada como un mero medio para la obtención de beneficios. Como el capital evita pagar ese trabajo en la medida de lo posible, mientras trata al dinero como el fin y sustancia de todo, relega a quienes lo realizan a una posición subordinada con respecto no solo a los propietarios del capital, sino también a los trabajadores asalariados más privilegiados que pueden descargar esa responsabilidad sobre otros. Esos «otros» son en su mayoría mujeres. En las sociedades contemporáneas, la reproducción social es

una cuestión de género, asignada o asociada a mujeres. Su organización depende de los roles de género y afianza la opresión de género.

La reproducción social es, por lo tanto, una cuestión feminista. Pero también se filtra a través de las grietas de clase y raza, sexualidad y nación. Un feminismo empeñado en resolver la crisis actual debe comprender la reproducción social a través de una perspectiva que comprenda y conecte esos múltiples ejes de dominación. Las sociedades capitalistas han instituido desde hace mucho tiempo las divisiones raciales del trabajo reproductivo. Ya sea a través de la esclavitud o del colonialismo, del *apartheid* o del neomperialismo, este sistema ha obligado a las mujeres racializadas a proporcionar ese trabajo gratis o a bajo coste para sus «hermanas» blancas o de la etnia mayoritaria. Forzadas a proporcionar cuidados a los niños y en los hogares de sus amas o empleadoras, han tenido que esforzarse más para cuidar de los suyos.

El carácter de clase de la reproducción social es fundamental. La acumulación de capital depende tanto de las relaciones sociales que producen y reponen el trabajo como de las que lo explotan directamente. La clase, en otras palabras, no es «meramente económica». Está compuesta por personas concretas, sus comunidades, hábitats y condiciones de vida, sus experiencias, vínculos sociales e historia, todo ello producido y reproducido mediante actividades que trascienden ampliamente las relaciones económicas, no solo las relaciones de producción, sino también las relaciones de reproducción social. La clase obrera mundial no comprende únicamente a quienes trabajan por un salario en fábricas o minas; también incluye a quienes trabajan en el campo y en casas particulares; en oficinas, hoteles, restaurantes, hospitales, guarderías y escuelas; el precariado, los desempleados y los que no reciben remuneración a cambio de su trabajo. Del mismo modo, la lucha de clases no atañe únicamente a las ganancias económicas en el lugar de trabajo; incluye asimismo las luchas por la reproducción social. Aunque éstas siempre han sido fundamentales, las luchas por la reproducción social son especialmente explosivas hoy en día, ya que el neoliberalismo exige más horas de trabajo asalariado por hogar al tiempo que retira el apoyo estatal para el bienestar social, exprime a las familias, las comunidades y, sobre todo a las mujeres hasta el agotamiento. En estas condiciones, las luchas en torno a la reproducción social se han desplazado al centro del escenario, con el potencial de alterar todos los aspectos de la sociedad.

TESIS 6

La violencia de género cobra muchas formas, todas ellas imbricadas con las relaciones sociales capitalistas. Prometemos luchar contra todas ellas

Los investigadores estiman que una de cada tres mujeres, a escala mundial, habrá experimentado algún tipo de violencia de género en el transcurso de su vida. Muchos de los agresores son gente cercana, responsables del 38 por 100 de los asesinatos de mujeres. La violencia física, emocional, sexual o las tres a la vez por parte de parejas, parientes o conocidos, se da en todos los países, clases y grupos raciales y étnicos. Arraigada en la dinámica contradictoria de la vida familiar y personal y, por lo tanto, en la división característica del capitalismo entre la producción de nuevas personas y la producción de beneficios, refleja el cambio de los hogares basados en las relaciones amplias de parentesco de una época anterior, en la que los varones adultos tenían el poder de vida y muerte sobre sus dependientes, a la familia nuclear heterosexual restringida de la modernidad capitalista, que confiere un derecho de mando atenuado a los varones «menos eminentes», que encabezan hogares más pequeños. Ese cambio alteró el carácter de la violencia de género basada en el parentesco. Lo que antes era abiertamente político ahora se hizo «privado»: más informal y psicológico y, por consiguiente, menos «racional», socialmente sancionado y controlado. Ese tipo de violencia de género, a menudo alimentado por el alcohol, la vergüenza y la ansiedad por mantener el dominio, se vuelve especialmente virulento y generalizado en tiempos de crisis. Cuando la ansiedad por el estatus, la precariedad económica y la incertidumbre política aumentan, el orden de género también parece temblar. Algunos hombres consideran que las mujeres están «fuera de control», sus hogares «desordenados» y sus hijos «asilvestrados». Sus jefes son implacables, sus compañeros de trabajo son injustamente favorecidos, sus empleos están en peligro. Sus capacidades sexuales y poderes de seducción están en duda. Su masculinidad se ve amenazada y estallan.

No toda la violencia de género cobra esa forma aparentemente «irracional». Otros tipos son demasiado «racionales»: el empleo de la violación de mujeres esclavizadas y colonizadas como arma para aterrorizar a las comunidades de color y forzar su subyugación; la repetida violación de trabajadoras sexuales por parte de traficantes y proxenetes para «domarlas»; la violación masiva coordinada de mujeres «enemigas» como arma de guerra; y no menos importante, la prevalencia del acoso sexual en el

trabajo y en la escuela. En ese último caso, los agresores tienen poder institucional público sobre aquellas de quienes se aprovechan. Pueden exigir servicios sexuales, y así lo hacen. Ahí, la raíz es la vulnerabilidad económica, profesional, política y racial de las mujeres, nuestra dependencia de la nómina, la referencia, la disposición del empleador o capataz a no preguntar sobre la situación migratoria. Lo que permite esa violencia es un sistema de poder jerárquico que fusiona género, raza y clase.

Estos dos tipos de violencia de género comparten una base estructural común en la sociedad capitalista. Lo que subyace a ambos es la división –y la calibración mutua– entre la producción de mercancías con fines de lucro y la reproducción social por «amor». El nexo de género que asigna abrumadoramente el trabajo reproductivo a las mujeres nos pone en desventaja frente a los hombres en el mundo del trabajo productivo, donde a menudo acabamos en empleos sin futuro con un salario insuficiente para mantener a una familia. El principal beneficiario es el capital; pero su efecto es hacernos doblemente susceptibles de violación, por parte de los familiares y conocidos íntimos, por un lado, y de los ejecutores y habilitadores del capital, por otro.

Una respuesta feminista común a la violencia de género es la demanda de criminalización y castigo. Este tipo de «feminismo carcelario» da por sentado lo que precisamente debe cuestionarse: que la ley, la policía y los tribunales son lo suficientemente autónomos con respecto a la estructura de poder capitalista como para contrarrestar su profunda tendencia a generar y tolerar la violencia de género. De hecho, el sistema de justicia penal se dirige de manera desproporcionada contra los trabajadores de color pobres, incluidos los migrantes, mientras que a menudo deja libres a sus colegas profesionales de cuello blanco. Del mismo modo, las campañas contra la trata de personas y las leyes contra la «esclavitud sexual» se utilizan a menudo para deportar a las mujeres migrantes, mientras que sus violadores y proxenetas siguen en libertad. Igualmente importante es el hecho de que la respuesta carcelaria pasa por alto la necesidad de opciones de salida. Las leyes que castigan penalmente la violación conyugal o la agresión en el lugar de trabajo no prevén un lugar alternativo adónde ir o dónde ganarse la vida para las mujeres que sufren esas agresiones sexuales. Las soluciones basadas en el mercado, como las que promueven la independencia económica de las mujeres mediante microcréditos, no las ayudan a obtener una autonomía real

con respecto a los varones de su familia, al tiempo que aumentan su dependencia con respecto a sus acreedores.

Rechazamos tanto el enfoque feminista-carcelario como el liberal de mercado. La violencia sexual bajo el capitalismo no es una alteración del orden regular de las cosas, sino una parte constitutiva de éste: una condición sistémica, no un problema penal o interpersonal. No puede entenderse ésta al margen de la violencia biopolítica de las leyes que niegan la libertad reproductiva, de la violencia económica del mercado, de la violencia estatal de la policía y los guardias de fronteras, de la violencia interestatal de los ejércitos imperiales, de la violencia simbólica de la cultura capitalista y de la lenta violencia ambiental, que corroe nuestros cuerpos, comunidades y hábitats. En las zonas de procesamiento de exportaciones y otros sectores que dependen en gran medida de las trabajadoras, la violencia de género se aplica comúnmente como una herramienta de disciplina laboral: los capataces utilizan las violaciones, los abusos verbales y los registros corporales humillantes para imponer un ritmo de trabajo acelerado y aplastar la organización de los trabajadores y trabajadoras. Esas dinámicas han empeorado durante el actual periodo de crisis capitalista, ya que los gobiernos han recortado los fondos públicos, han mercantilizado los servicios públicos y han vuelto a descargar sobre las familias la carga de los cuidados de niños, enfermos y ancianos. En estas circunstancias, las repetidas exhortaciones a ser una «buena» madre o una «buena» esposa pueden convertirse en justificaciones de la violencia contra quienes no se someten a los roles de género.

La violencia de género tiene raíces estructurales profundas en un orden social que entrelaza la subordinación de las mujeres con la organización del trabajo basada en el género y la dinámica de la acumulación de capital. En esta perspectiva, el movimiento MeToo representa una forma de lucha de clases. Como señalaron las trabajadoras agrícolas inmigrantes que ofrecieron la primera declaración de solidaridad con las mujeres en el mundo del espectáculo, Harvey Weinstein no era simplemente un depredador, sino un *jefe* poderoso, capaz de decidir quién trabajaría en Hollywood y quién no.

La violencia en todas sus formas es parte integral de la sociedad capitalista, que se sostiene mediante una combinación de coerción y consentimiento construido. No se puede detener una forma de violencia sin detener las demás. Las feministas de las huelgas de mujeres, decididas

a erradicarlas todas, conectan la lucha contra la violencia sexual con la lucha contra todas las formas de violencia en la sociedad capitalista y contra el sistema social que las sostiene.

TESIS 7

El capitalismo trata de regular la sexualidad. Nosotras queremos liberarla.

A primera vista, las luchas actuales en torno a la sexualidad presentan una opción inequívoca. Por un lado, las fuerzas de la reacción pretenden prohibir las prácticas sexuales que violan los valores familiares o la ley divina, con amenazas de apedrear a los «adúlteros», azotar a las lesbianas o someter a los gays a una terapia de conversión. Por otro lado, el liberalismo defiende los derechos legales de los disidentes sexuales y las minorías, el reconocimiento de las relaciones que en otro tiempo eran tabú, la igualdad matrimonial y los derechos LGBTQ+ dentro del ejército. Mientras que los reaccionarios pretenden rehabilitar arcaísmos regresivos (patriarcado, homofobia, represión sexual), los liberales defienden la modernidad: libertad individual, autoexpresión, diversidad sexual.

Sin embargo, ninguna de las partes es lo que parece. El autoritarismo sexual de hoy día es todo menos arcaico. Las prohibiciones que pretende imponer son respuestas neotradicionales al desarrollo capitalista, que llegan a incluir el neoliberalismo. Por la misma razón, los derechos sexuales que promueve el liberalismo se conciben en términos que presuponen las formas capitalistas de modernidad, a la vez normalizadoras y consumistas.

Las sociedades capitalistas siempre han tratado de organizar la sexualidad. Antes de que las relaciones capitalistas se establecieran de manera generalizada, las autoridades preexistentes, especialmente las iglesias y las comunidades, tenían la tarea de establecer y hacer cumplir las normas que distinguían entre el sexo aceptable y el pecaminoso. Más tarde, a medida que el capitalismo procedía a remodelar el conjunto de la sociedad, incubó nuevas normas y modos de regulación burgueses, incluidos el binarismo de género y la heteronormatividad aprobados por el Estado. Estas normas «modernas» fueron ampliamente difundidas por el colonialismo, la cultura de masas y los criterios del derecho a la asistencia social basada en la familia, pero su implantación no fue automática; chocaron con regímenes sexuales más antiguos y también con

nuevas aspiraciones de libertad sexual, que encontraron expresión en las subculturas de gays y lesbianas y en los ambientes vanguardistas.

Los desarrollos posteriores reestructuraron esa configuración. Las normas burguesas se han suavizado, mientras que la corriente emancipadora se ha generalizado y las facciones dominantes de ambas se han unido en un nuevo proyecto: normalizar las prácticas sexuales antes tabú dentro de una zona ampliada de regulación estatal en formas no hostiles al capital que fomentan el individualismo, la domesticidad y el consumo. Detrás de esta reconfiguración se encuentra un cambio en la naturaleza del capitalismo. El capital, cada vez más financiarizado, desterritorializado y desfamiliarizado, ya no se opone implacablemente a las formaciones de sexo/género *queer* y trans. Las grandes corporaciones permiten ahora que sus empleados vivan fuera de familias heterosexuales, siempre que mantengan las formas en el lugar de trabajo y en el centro comercial.

Éste es el contexto para las luchas actuales en torno a la sexualidad. Es un momento de creciente fluidez de género entre los jóvenes, los movimientos *queer* y feministas en crecimiento e importantes victorias legales. La igualdad formal de género, los derechos LGBTQ+ y la igualdad matrimonial están ahora consagrados en la normativa legal de muchos países. Esas victorias, resultado de duras batallas, también reflejan cambios sociales y culturales asociados con el neoliberalismo. Sin embargo, son intrínsecamente frágiles. Los nuevos derechos legales no detienen los ataques a personas LGBTQ+, que continúan sufriendo violencia sexual y de género, falta de reconocimiento simbólico y discriminación social. El propio capitalismo financiarizado está alimentando una reacción sexual: los populistas de derechas pueden identificar los verdaderos inconvenientes de la modernidad capitalista, incluidos sus fallos a la hora de proteger a «sus» familias y comunidades frente a los estragos del mercado. Pero retuercen reclamaciones legítimas para promover el tipo de oposición que el capital puede permitirse. El suyo es un modo de «protección» que culpa injustamente a la libertad sexual, mientras que oculta la amenaza del propio capital.

La reacción sexual encuentra su imagen especular en el liberalismo sexual, que, incluso en los mejores escenarios, está vinculado a estructuras que privan a la mayoría de los requisitos materiales necesarios para realizar sus libertades formales. También se basa en regímenes regulatorios que normalizan la familia monógama, que es el precio de

la aceptación para gays y lesbianas. Aparentando valorizar la libertad individual, el liberalismo sexual deja sin respuesta las condiciones estructurales que alimentan la homofobia y la transfobia, incluido el papel de la familia en la reproducción social. Las nuevas culturas heterosexuales, basadas en los ligues de una noche y las citas por Internet, instan a las mujeres jóvenes a «poseer» su sexualidad, pero siguen evaluándolas por su apariencia y presionan a las chicas para que complazcan a los chicos, propiciando un espacio para el egoísmo sexual masculino de un modo capitalista ejemplar. Las nuevas formas de «normalidad gay» presuponen la normalidad capitalista, con la aparición de una clase media gay definida por sus modos de consumo y su deseo de respetabilidad. Su existencia se invoca como un signo de «tolerancia occidental ilustrada» para legitimar proyectos neocoloniales. Por ejemplo, las agencias israelíes mencionan su cultura «tolerante con los homosexuales» para justificar la subyugación de los palestinos «atrasados, homofóbicos», mientras que los liberales europeos la invocan como motivo para la islamofobia.

Las feministas para el 99 por 100 se niegan a jugar a ese juego. Rechazando tanto la cooptación neoliberal como la homofobia y la misoginia neotradicionales, queremos resucitar el espíritu radical de Stonewall, de las corrientes feministas «prosexo», desde Aleksandra Kollontai hasta Gayle Rubin, y de la histórica campaña de apoyo de gays y lesbianas a la huelga de los mineros en el Reino Unido. Luchamos para liberar la sexualidad de la procreación y las formas familiares normativas, pero también de las deformaciones del consumismo. Ello exige un nuevo orden social no capitalista que asegure las bases materiales de la liberación sexual, incluyendo un generoso apoyo público a la reproducción social rediseñado para la más amplia gama de familias y asociaciones personales.

TESIS 8

El capitalismo nació en medio de la violencia racista y colonial. El feminismo para el 99 por 100 es antirracista y antiimperialista.

Hoy, como en momentos anteriores de crisis capitalista, la «raza» se ha convertido en un tema candente. Los etnonacionalismos agresivos prescinden de los silbatos para perros en favor de estallidos a voz en cuello proclamando la supremacía blanca. Los gobiernos centristas se unen a sus homólogos racistas para bloquear la entrada de migrantes

y refugiados, secuestrando a sus hijos y separándolos de sus familias, o dejando que se ahoguen en el mar. Las fuerzas policiales siguen asesinando impunemente a personas de color, mientras que los tribunales las encierran en cantidades ingentes. Hay quien ha intentado contraatacar manifestándose con dureza para denunciar la violencia policial contra los negros y las demostraciones de fuerza de los supremacistas blancos. En Estados Unidos hay quienes pretenden dar un nuevo significado al término «abolición» y exigen el fin del encarcelamiento y la eliminación de la Agencia de Inmigración y Control de Aduanas consolidada bajo el Departamento de Seguridad Nacional de Bush.

En esta situación las feministas, como todos los demás, deben tomar partido. Históricamente, sin embargo, el historial feminista en relación con la raza ha sido bastante confuso. En Estados Unidos las influyentes sufragistas blancas lanzaban alaridos racistas después de la Guerra Civil, cuando se les concedió el derecho de voto a los hombres negros y no a ellas. Bien avanzado el siglo xx, las principales feministas británicas defendían el dominio colonial en la India por razones «civilizatorias» para «elevar a las mujeres de piel oscura y sacarlas de su condición humilde». Actualmente hay feministas europeas prominentes que justifican las políticas antimusulmanas en términos similares. Aun cuando no son deliberadamente racistas, las feministas liberales y radicales han definido el «sexismo» y las «cuestiones de género» de manera que universalizan falsamente la situación de las mujeres blancas de clase media. Abstrayendo el género de la raza y la clase, han proclamado la necesidad de las mujeres de escapar de la domestificación y «salir a trabajar», como si todas fuéramos amas de casa blancas de las urbanizaciones periféricas. Siguiendo la misma lógica, las principales feministas estadounidenses han insistido en que las mujeres negras solo podrán ser verdaderamente feministas si dan prioridad a una imaginada sororidad no racial por encima de la solidaridad antirracista con los hombres negros.

Gracias a décadas de decididas críticas por parte de las feministas de color, esas opiniones se consideran cada vez más cuestionables y son rechazadas por un número creciente de feministas de todos los matices. Dado que reconocemos esa vergonzosa historia, hemos decidido romper definitivamente con ella. Entendemos que en una sociedad racista e imperialista no se puede lograr nada que merezca llamarse «liberación de la mujer»; pero también entendemos que la raíz del problema es el capitalismo: el racismo y el imperialismo no son accidentales, sino

que forman parte integral de él. Un sistema que se enorgullece de la mano de obra libre y del contrato salarial se basó desde un principio en el saqueo colonial violento, la «caza de pieles negras» en África y su reclutamiento forzoso como esclavos para el Nuevo Mundo. La expropiación racializada de pueblos subyugados o dependientes ha servido desde entonces como condición oculta para la explotación rentable del trabajo libre. Esta distinción ha asumido diferentes formas a lo largo de la historia del capitalismo: esclavitud, colonialismo, apartheid, división internacional del trabajo, pero en cada fase ha coincidido, de manera aproximada pero inequívoca, con la línea de color global. En cada fase, también, la depredación imperialista ha permitido al capital aumentar sus ganancias al garantizar su acceso a recursos naturales y capacidades humanas cuya reproducción no paga. El capitalismo ha creado clases de seres humanos racializados, cuyas personas y trabajo se ven devaluados y sujetos a expropiación. Un feminismo que sea verdaderamente anti-racista y antiimperialista debe ser también anticapitalista.

Esa afirmación nunca ha sido tan relevante como hoy día, cuando el capitalismo financiarizado promueve la opresión racial mediante la desposesión por deudas. En el Sur Global, el acaparamiento de tierras por empresas propulsado por el endeudamiento expulsa a los pueblos indígenas y tribales, mientras que el ajuste estructural del FMI recorta el gasto social y condena a las generaciones futuras a esforzarse para pagar a los prestamistas globales. De este modo, la expropiación racializada continúa junto con un aumento de la explotación, impulsado por la reubicación de las actividades manufactureras en el Sur Global. También en el Norte, a medida que los servicios precarizados reemplazan al trabajo industrial sindicalizado, que los salarios caen por debajo del coste de la vida y los trabajadores son el blanco de microcréditos hiperexpropiatorios, la expropiación racializada continúa a buen ritmo. Ahí también, los ingresos fiscales que anteriormente se dedicaban a la financiación de infraestructuras públicas se desvían para atender el servicio de la deuda, con efectos desastrosos para las comunidades de color, que también tienen un notable componente de género.

En esta situación, las proclamaciones abstractas de sororidad global son contraproducentes. Al tratar el objetivo de un proceso político como si estuviera dado desde un principio, transmiten una falsa impresión de homogeneidad. La realidad es que, aunque en la sociedad capitalista todas sufrimos una opresión misógina, nuestra opresión asume

diferentes formas. Los vínculos entre esas formas de opresión deben ser expuestos políticamente, mediante esfuerzos conscientes para construir solidaridad. Solo de ese modo, luchando en y a través de nuestra diversidad, podemos lograr el poder combinado necesario para transformar la sociedad.

TESIS 9

Luchamos para revertir la destrucción de la tierra por parte del capital y nuestro feminismo es, pues, ecosocialista.

La crisis actual del capitalismo también es ecológica. Tal y como hemos argumentado, el capitalismo está dispuesto a expropiar la naturaleza sin tener en cuenta sus condiciones de reposición, y desestabiliza periódicamente sus propias condiciones ecológicas de pervivencia: agotando el suelo, mermando sus riquezas minerales, envenenando el agua y el aire. El actual cambio climático es el resultado del recurso del capital a los combustibles fósiles para alimentar sus fábricas. No fue la humanidad en general, sino el capital, el que vació los depósitos de carbón, formados bajo la corteza terrestre durante cientos de millones de años, y los consumió en un abrir y cerrar de ojos. El paso del carbón al petróleo, y luego al gas natural y al *fracking*, ha incrementado las emisiones de carbono al tiempo que descarga de manera desproporcionada las «externalidades» sobre las comunidades pobres, en busca de beneficios cada vez mayores.

Las mujeres ocupan las primeras líneas de la actual crisis ecológica y representan el 80 por 100 de los refugiados climáticos. En el Sur Global constituyen la mayoría de la fuerza de trabajo rural y soportan la carga del trabajo de reproducción social. Debido a su papel clave en la provisión de alimentos, ropa y refugio, son las más afectadas por la sequía, la contaminación y la sobreexplotación de la tierra. Las mujeres pobres de color en el Norte Global también son desproporcionadamente vulnerables al racismo medioambiental, constituyendo la columna vertebral de las comunidades sometidas a inundaciones y envenenamiento por plomo.

Las mujeres también están a la vanguardia de las luchas contra el cambio climático y la contaminación: la lucha de los Water Protectors contra el Dakota Access Pipeline en Estados Unidos; la exitosa batalla peruana de Máxima Acuña contra el gigante minero estadounidense Newmont;

la batalla de las mujeres *garhwali* en el norte de la India contra la construcción de tres presas hidroeléctricas; y las innumerables luchas en todo el mundo contra la privatización del agua y las semillas y por la preservación de la biodiversidad y la agricultura sostenible. Estas son nuevas formas de lucha que desafían la tendencia del ecologismo convencional a oponer la defensa de la «naturaleza» al bienestar material de las comunidades humanas. Son movimientos dirigidos por mujeres, que se niegan a separar las cuestiones ecológicas de las cuestiones de la reproducción social. Además, representan una poderosa alternativa antiempresarial y anticapitalista a los proyectos de «capitalismo verde», que promueven el comercio especulativo de permisos de emisión, compensaciones de carbono y derivados medioambientales. Por el contrario, se concentran en el mundo real en el que la justicia social, el bienestar de las comunidades humanas y la sostenibilidad de la naturaleza no humana están inseparablemente unidos. La liberación de las mujeres y la preservación de nuestro planeta del desastre ecológico van de la mano.

TESIS IO

El capitalismo es incompatible con la democracia real y la paz. Nuestra respuesta es el internacionalismo feminista.

La crisis actual también es política. Las instituciones políticas capturadas por el poder corporativo y debilitadas por la deuda, bailan cada vez más al ritmo que dictan los bancos centrales y los inversores internacionales, los magnates de la energía y los especuladores de la guerra. La crisis política también está arraigada en la estructura institucional de la sociedad capitalista. El capitalismo divide lo político de lo económico, la violencia legítima del Estado de la compulsión silenciosa del mercado. El efecto es declarar fuera del alcance del control democrático vastas franjas de la vida social, convirtiéndolas en su lugar en territorio bajo el dominio empresarial. Por su estructura, el sistema nos priva de la capacidad de decidir colectivamente qué y cuánto producir, y cómo organizar el trabajo de reproducción social. El capitalismo, en suma, es fundamentalmente antidemocrático. Genera necesariamente una geografía mundial imperialista, permitiendo a los Estados más poderosos aprovecharse de los más débiles, aplastándolos con deudas.

El capital se libera en todas partes del poder público, haciendo uso de los regímenes legales que aseguran la propiedad privada, recurriendo a las fuerzas represivas que suprimen la oposición y utilizando a las agencias reguladoras encargadas de gestionar la crisis. Al mismo tiempo, la sed de ganancias tienta periódicamente a algunas facciones de la clase capitalista a rebelarse contra el poder público, al que consideran inferior al mercado. En tales casos, cuando los intereses a corto plazo triunfan sobre la supervivencia a largo plazo, el capital es como un tigre que devora su propia cola. Hoy día, la tendencia del capitalismo a generar crisis políticas ha alcanzado un nuevo nivel. Los regímenes neoliberales emplean el arma de la deuda cuando atacan a toda fuerza política que pueda desafiar su programa, anulando las votaciones populares masivas que rechazan la austeridad, como sucedió en Grecia, por ejemplo.

Las mujeres son también víctimas importantes de esta crisis y agentes centrales en la lucha por la democracia y la paz. Para nosotras, sin embargo, la solución no es solo instalar más mujeres en las ciudadelas del poder. Habiendo sido excluidas durante mucho tiempo de la esfera pública, hemos tenido que luchar con uñas y dientes para ser oídas en asuntos que habitualmente eran descartados como «privados». Sin embargo, nuestras reivindicaciones son a menudo enunciadas por progresistas de elite que las desvían en términos favorables al capital. Se nos invita a votar por mujeres que se han curtido en la política y a celebrar su ascenso al poder, como si hubiera sido un triunfo para nuestra liberación. Pero para nosotras no hay nada de feminista en las mujeres que facilitan el trabajo de bombardear otros países y que respaldan las intervenciones neocoloniales en nombre del humanitarismo, mientras que guardan silencio sobre los genocidios perpetrados por sus propios gobiernos. Las mujeres son las primeras víctimas de la guerra y de la ocupación imperial en todo el mundo. Se enfrentan al hostigamiento sistemático, al asesinato y a la mutilación de sus seres queridos y a la destrucción de las infraestructuras que les permitieron mantenerse a sí mismas y a sus familias. Nos solidarizamos con ellas. A las que pretenden justificar su belicismo afirmando que sirve para liberar a las mujeres oscuras y negras, les decimos: «No en nuestro nombre».

TESIS II

El feminismo para el 99 por 100 llama a todos los movimientos radicales a unirse en una insurgencia anticapitalista común.

Como feministas, no nos aislamos de otros movimientos de resistencia y rebelión. No nos alejamos de las batallas contra el cambio climático o la explotación en el lugar de trabajo, ni nos mantenemos al margen de las luchas contra el racismo institucional y la desposesión. Esas son también nuestras luchas, parte integral de la lucha por el desmantelamiento del capitalismo, sin el cual no puede ponerse fin a la opresión sexual y de género. Para nosotras, el resultado es claro: el nuevo feminismo debe unir sus fuerzas con otros movimientos anticapitalistas en todo el mundo, con los movimientos ecologistas, antirracistas, antiimperialistas y LGBTQ+ y con los sindicatos y, sobre todo, con sus corrientes anticapitalistas.

Al rechazar las opciones políticas que nos ofrece el capital, rechazamos tanto el populismo reaccionario como el neoliberalismo. Queremos dividir la alianza neoliberal progresista: separar a la masa menos privilegiada de mujeres inmigrantes y de color de las feministas «lanzadas», las antirracistas y antihomóforas meritocráticas, las capitalistas verdes y partidarias de «la diversidad en la empresa», que han tratado de enarbolarse sus preocupaciones y de declinarlas en términos compatibles con el neoliberalismo. También queremos dividir el bloque populista reaccionario: separar las comunidades obreras de las fuerzas que promueven el militarismo, la xenofobia y el etnonacionalismo, que, aunque se presenten como defensores de la «gente común», son criptoneoliberales. De este modo pretendemos construir una fuerza anticapitalista lo suficientemente grande y poderosa como para transformar la sociedad.

La lucha es una oportunidad y una escuela. Puede transformar a quienes participamos en ella, desafiando nuestra comprensión previa de nosotras mismas y reconfigurando nuestra concepción del mundo. Puede profundizar nuestra comprensión de nuestra propia opresión: cuáles son sus causas, sus beneficiarios, qué hay que hacer para superarla. La experiencia de la lucha también puede ayudarnos a reinterpretar nuestros intereses, a replantear nuestras esperanzas, a expandir nuestro sentido de lo posible. Puede inducirnos a revisar las percepciones previas de nuestros aliados y

de nuestros enemigos. Puede ampliar el círculo de solidaridad entre los oprimidos y agudizar su antagonismo hacia los opresores.

La palabra decisiva aquí es «podemos». Todo depende de nuestra capacidad para desarrollar una perspectiva guía que ni celebre simplemente ni borre las diferencias existentes entre nosotras. Contra las ideologías de moda de la «multiplicidad», las diversas opresiones que sufrimos no forman una pluralidad incipiente. Aunque cada una de ellas tiene sus propias formas y características distintivas, todas están insertas en el mismo sistema social y se ven fortalecidas por él. Es al nombrar ese sistema como capitalismo y al unirnos para combatirlo como mejor podemos superar las divisiones entre nosotras que fomenta el capital: divisiones de cultura, raza, etnia, capacidad, sexualidad y género. Pero el capitalismo debe ser comprendido correctamente. El trabajo asalariado industrial no es la suma total de la clase obrera; ni es su explotación la suma y compendio de la dominación capitalista. Insistir en la primacía de ese estrato no es fomentar, sino debilitar la solidaridad de clase, que se defiende mejor mediante el reconocimiento recíproco de nuestras situaciones, experiencias y sufrimientos estructurales dispares; de nuestras necesidades, deseos y demandas específicas; de las variadas formas organizativas mediante las que podemos lograr mejor esa solidaridad. El feminismo por el que luchamos pretende superar las oposiciones obsoletas entre la política identitaria y la política de clase. Al rechazar el marco de suma cero que el capitalismo construye para nosotras, las feministas para el 99 por 100 apuntamos a unir los movimientos existentes y futuros en una insurgencia global de base amplia.

Entre los textos anteriores de la serie «Nuevas masas, nuevos medios» se cuentan: Stathis Kouvelakis, «Ascenso y caída de Syriza» (*NLR* 97); Suhas Palshikar, «¿Quién es en Delhi el hombre común?» (*NLR* 98); Catarina Martins, «El experimento portugués» (*NLR* 106); Cengiz Gunes, «La nueva izquierda de Turquía» (*NLR* 107); Susan Watkins, «¿Qué feminismos?» (*NLR* 109); Beatriz García, Nuria Alabao y Marisa Pérez Colinas, «Huelga feminista en España» (*NLR* 110); y Richard Stallman, «Hablando con el cartero» (*NLR* 113).